

XXXII

No habíamos vuelto allí desde antes de la partida del *Rendeer*. Al encontrarnos de nuevo en aquel rincón, que en otro tiempo lo había sido todo para nosotros, experimentamos una emoción muy viva, y también una sensación deliciosa que ningún otro lugar del mundo nos hubiera causado.

Todo continuaba lo mismo que antes en aquel rincón, en el cual el aire tenía siempre la frescura del agua corriente; conocíamos de él todas las piedras, todas las ramas, todo, hasta los más pequeños musgos. Nada había cambiado: hasta las hierbas eran las mismas y el olor el mismo, mezcla del que exhalan las plantas aromáticas y los guayabos maduros.

Colgamos nuestras ropas de las ramas, y nos sentamos en el agua saboreando el placer de volvernos á encontrar, aunque por última vez, con *pareo* y acariciados por el sol en el arroyo de Fataoua.

Aquel agua clara, deliciosa, llegaba del Oroena por la gran cascada. El arroyo corría sobre gruesas y relucientes piedras, entre las cuales crecían los delgados troncos de los gua-

yabos. Las ramas de estos arbustos se inclinaban formando bóveda por encima de nuestras cabezas y proyectaban, sobre aquel espejo ligeramente agitado, mil agujeritos, á través de los cuales penetraba el sol. Las frutas maduras caían en el agua, y el arroyo corría sobre ellas; su lecho estaba sembrado de guayabas, de naranjas y de limones.

Ni el uno ni el otro pronunciábamos una palabra; sentados el uno cerca del otro, adivinábamos mutuamente nuestros pensamientos, sin que tuviéramos necesidad de turbar el silencio para comunicárnoslos; los delicados pececitos y las lagartijas azules, se paseaban con tanta tranquilidad como si no hubiera allí ser humano alguno; estábamos tan inmóviles, que los *varos*, tan tímidos y recelosos, salían de entre las piedras y circulaban por entre nosotros.

El sol que descendía ya, el último sol de mi última tarde en Oceanía, iluminaba ciertas ramas con sus templados y dorados rayos; yo admiraba todas aquellas cosas por última vez. Las sensitivas comenzaban á plegar, por la aproximación de la noche, sus delicadas hojas; las ligeras mimosas, los guayabos negros, habían tomado ya su color de la noche, y aquella noche era la última, y al día siguiente, al levantarse el sol, iba yo á partir para siempre... Todo aquel país y mi amigueta bien

amada iba á desaparecer, como desaparece la decoración del acto que acaba de terminar...

Aquello era un acto de encantamiento en medio de mi vida: ¡pero había terminado sin esperanza de que se repitiera!...

Terminados los ensueños, las dulces y embriagadoras emociones, todo había terminado, todo había muerto...

Contemplaba á Rarahu, cuyas manos tenía entre las mías... Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas; lágrimas silenciosas que caían á toda prisa, como escapadas de un vaso demasiado lleno...

—Loti—dijo por fin—te pertenezco. Soy tu mujercita, ¿no es verdad?... Nada temas ni te inquiete ya; creo en Dios; le ruego y le rogaré... Vete tranquilo, parte; todo lo que me has rogado que haga, lo haré... Mañana dejaré á Papeete al mismo tiempo que tú, y no me volverán á ver más en él... Me iré á vivir con Tiahoui, y no tendré más amante que tú hasta que me muera; entre tanto rogaré por tí...

Los sollozos entrecortaron estas palabras de Rarahu, que pasó sus dos brazos alrededor del mío y apoyó la cabeza sobre mis rodillas... Yo lloraba también, pero de alegría; volvía á encontrar en ella á mi amiguita; estaba salvada. Ahora ya podía dejarla, puesto que nuestros destinos nos separaban de una manera irrevol-

cable y fatal; pero en esta partida había menos amargura, menos desgarradora angustia; ya podía irme, al menos, con inciertos pero consoladores propósitos de regreso; ¡acaso también con vagas esperanzas de la eternidad!...

XXXIII

Por la noche había gran baile en casa de Pomaré, baile de despedida en honor de los oficiales del *Rendeer*. Se debía bailar hasta la hora de darse á la vela, que el *Almirante de los cabellos blancos* había fijado para el amanecer.

Rarahu y yo habíamos decidido asistir á él.

Había muchísima gente en aquel baile para ser un baile de Papeete: todas las tahitianas de la corte, algunas mujeres europeas, todo el personal de la colonia, todos los oficiales del *Rendeer* y todos los funcionarios franceses.

Naturalmente, Rarahu no podía ser admitida en el salón de la fiesta; pero mientras que la multitud bailaba febrilmente la *upa-upa* en los jardines, ella y algunas otras muchachas que se encontraban en igual caso que ella, y que eran las privilegiadas de la reina, habían sido

invitadas á presenciarlo desde la *baranda*, sentadas en banquetas, desde las cuales podían, tan bien como si estuviese en el salón, ver y ser vistas. Y con la manera de ser y el abandono y negligencia tahitianos, encontraban muy natural el que yo fuese de cuando en cuando á ponerme de codos sobre la baranda para conversar con mi amiguita.

Mientras bailé me encontré constantemente con su mirada grave. Estaba iluminada como una visión por la roja luz de las lámparas; unida á los azules reflejos de la luna: su traje blanco y su collar de perlas brillaban sobre el sombrío fondo del jardín.

Á eso de la media noche me llamó la reina por señas. Iban á acompañar á su dormitorio á la princesita enferma, su nieta, que había exigido se la vistiese para asistir al baile. La pequeña Pomaré se había querido despedir de mí antes de irse á dormir.

Á pesar de todo, la tristeza reinaba en el baile; los oficiales del *Rendezvous*, que estaban en él en mayoría, le daban cierto aspecto de partida y de separación, contra el cual no había reacción posible. Había allí una porción de muchachos jóvenes que iban á dar quizás el último adiós á sus queridas, á su vida de holgazanería y de placeres; había allí también viejos marinos que, dos ó tres veces en el transcurso de su existencia, habían ido á Tahiti, que

comprendían ahora que su carrera había terminado, y cuyo corazón se oprimía á la idea de que ya no volverían...

La princesa Ariitéa vino á decirme, más animada que de costumbre y hablando con más viveza que nunca:

—La reina os ruega, Loti, que os sentéis al piano; que toqueis el vals más ruidoso que os sea posible; que lo toqueis muy deprisa; que terminado el vals, continuéis sin interrupción tocando una danza, y otra, y luego otra, á fin de reanimar un poco el baile que amenaza extinguirse...

Toqué con fiebre, aturdiéndome á mí mismo, todas las piezas de música que al azar encontraba sobre el piano. Logré reanimar el baile por espacio de una hora; pero esta animación era ficticia y yo no podía sostenerla por mucho tiempo.

XXXIV

Eran cerca de las tres de la mañana; el salón estaba ya vacío, y yo seguía tocando, tocando yo no sé qué aires insensatos, acompañados á lo lejos por la *upa upa*, que rugía fuera.

Estaba yo solo en la sala con la vieja reina, que había permanecido pensativa é inmóvil en su gran sillón dorado. Tenía la forma de un ídolo incorrecto y sombrío, ataviado con un lujo un tanto salvaje.

El salón de Pomaré tenía ese aspecto triste de los finales de baile: un gran desorden, una gran sala vacía y las velas consumiéndose azotadas por el viento de la noche.

La reina se levantó con dificultad por lo estrecho de su vestido de raso color carmesí. Vió á Rarahu cerca de la puerta, de pie y silenciosa, comprendió su deseo y la hizo seña de que se acercase.

Rarahu entró, y tímida y con los ojos bajos, se acercó á la reina. Aparecía después de aquel baile en aquella sala desierta, en medio de aquel silencio, con su larga cola de muselina blanca, los pies desnudos, los largos cabellos flotando y los ojos agrandados por las lágrimas; parecía una deliciosa visión de la noche.

—Tienes que hablarme, ¿no es verdad, Loti? Quieres pedirme que vele por ella—dijo la reina bondadosamente.—Pero me temo—continuó—que ella no quiera...

—Señora—la contesté;—ella parte también mañana para Papéouriri á pedir hospitalidad á su amiga Tiahoui. Allí, como aquí, yo os suplico que no la abandonéis; ya no se la volverá á ver en Papeete.

—¡Ah!—dijo la reina visiblemente conmovida.—¡Bien, muy bien! Eso está muy bien pensado... En Papeete no tardaría mucho en ser una muchacha perdida.

Los dos llorábamos, ó, por mejor decir, los tres: la vieja reina nos tenía cogidos de las manos, y sus ojos, de ordinario tan duros, estaban húmedos por las lágrimas.

—Ea, hija mía, dijo dirigiéndose á Rarahu; es preciso no diferir tu viaje. Si en tus preparativos no necesitas emplear mucho tiempo, como creo, ¿quieres partir poco después de que salga el sol, á eso de las siete, en el coche que llevará á mi nuera Moé?...

Moé se dirige á Atimaono á tomar el barco que ha de conducirla á su posesión de Raiatéa. Dormiréis en Maraa, y mañana por la mañana estaréis en Papéouriri, en donde el coche te dejará al pasar.

Rarahu sonrió, á través de sus lágrimas, á esta idea, que la causaba infantil alegría, de partir con la joven reina de Raiatéa.

Había entre Rarahu y Moé una afinidad misteriosa; singularmente desgraciadas las dos, tenían el mismo carácter, el mismo modo de ser y el mismo género de encanto.

Rarahu respondió que estaría preparada para la marcha á la hora señalada por la reina. La pobre niña, apenas si tenía que llevar consigo más que algunos trajes de muselina

de diversos colores y á su viejo y fiel gato gris...

Nos despedimos de Pomaré estrechando con efusión sus viejas y reales manos. La princesa Ariitéa, que había reaparecido en el salón, fué en traje de baile á acompañarnos hasta la puerta del jardín; por el camino estuvo tan cariñosa, prodigó tales frases de consuelo á Rarahu, que cualquiera hubiera creído ver en ellas á dos hermanas más que á princesa y súbdito. Por última vez bajamos juntos á la playa...

XXXV

Era muy de noche todavía.

Á la orilla del mar había numerosos grupos estacionados; todas las jóvenes de la corte, con sus trajes de baile de la vispera, habían seguido á los oficiales del *Rendeer*... Á no haber oído á alguna que otra muchacha llorar, se hubiera creído que se trataba de una fiesta más bien que de una partida.

En aquel lugar fué donde un poco antes de amanecer abracé por última vez á mi amiga...

Al propio tiempo que el *Rendeer* abandona-

ba la isla deliciosa, el coche que llevaba á Rarahu y á Moé dejaba también á Papeete, y por mucho tiempo, pudo ver Rarahu por entre los claros de los cocoteros, y á través de los verdes cortinajes, al *Rendeer* que se alejaba sobre la inmensidad azul.....